y *nostalgia del pasado* de Ernesto Bonilla del Valle son dos obras básicamente de paisaje. La primera establece a Huancayo y a su poblador como arquetipos, mientras que la segunda deja ver un profundo pesar por la “ruina de una grandeza pasada” (p. 55). Baquerizo califica a *Facetas de Jauja* de Espinosa Bravo como la obra de un escritor frustrado, más histórica que descriptiva. Termina su reseña con *El punto de vista proletario* de Augusto Mateu Cuervo y *Estampas* de Pedro Monge, obras que, con una inclinación socialista, nos describen un ambiente duro, en el caso del primero, y, en el del segundo, se detiene en la irrupción de la “cultura occidental” en Junín, y los cambios que causó en la sociedad, la cultura y costumbres locales.

Los últimos memorialistas jaujeños son probablemente Edgardo Rivera y Maruja Martínez. El primero se apega al pasado, las tradiciones, las cosas extintas. Deja entrever una intensa nostalgia por la grandeza de la que alguna vez gozó Jauja, como Ernesto Bonilla. La segunda narra las costumbres a partir de sus vivencias familiares. Con ellos probablemente termina la historia de la ya agotada literatura de costumbres.

Interesante este ensayo que, sin desarrollar el tema de la identidad nacional —a pesar de lo anunciado por el título— nos ofrece una rápida visión del poco valorado costumbrismo de nuestra sierra central.

XOSÉ DE ENRÍQUEZ. *El lenguaje adolescente en el Uruguay contemporáneo*. Academia Nacional de Letras, Montevideo, 1998; 56 pp.

En este ensayo, De Enríquez trata de responder principalmente a la interrogante de por qué los adolescentes uruguayos —y en general, todos los adolescentes— hacen lo que hacen con el lenguaje; por qué lo toman y lo desmenuzan

para volverlo a armar “de acuerdo a su gusto y necesidad” (p. 15). Empieza planteando que los jóvenes reciben todos los elementos que el ambiente les ofrece para usarlos en la construcción de su propio lenguaje. Seguidamente, trata el problema de la existencia real del lenguaje adolescente y lo resuelve opinando que si entendemos por lenguaje una forma de expresarse, entonces el lenguaje adolescente sí existe.

Clasifica este lenguaje en dos vertientes: la oral y la escrita, cuyo testimonio principal aparece en revistas y periódicos para jóvenes y de circulación restringida. Además, hace mención a los grafitti o ‘grafitos’, como los llama. Pero la principal vertiente tratada es la oral, pues es en ésta donde se desarrolla el lenguaje adolescente. En ella cabe mencionar a las radios FM clandestinas uruguayas manejadas por adolescentes.

Estudiar el tema obliga a tomar en cuenta los diferentes lenguajes adolescentes, pertenecientes a los ámbitos diversos caracterizados por la zona en la que el adolescente vive o el trabajo que realiza, por ejemplo. El autor no deja de lado los cambios sociales que se han venido efectuando en Uruguay con consecuencias profundas, como por ejemplo, el hecho de que los adolescentes integrantes de grupos violentos —o más bien marginales— ya no se escondan como antes sino que se enorgullezcan de pertenecer a éstos y lo publiquen a los cuatro vientos.

Es notoria también la influencia de los movimientos de los sesenta en la cultura adolescente actual —más específicamente en el lenguaje—; los adolescentes toman de éstos lo que les agrada y por este motivo es que algunos hablan de la ‘moda retro’. Conclusión: los adolescentes sostienen que su lenguaje es válido porque es la forma hallada por ellos conveniente para expresarse. Si no los entienden, “allá los adultos con sus limitaciones” (p. 53).

Un tema propuesto más de una vez es el de la permanencia del lenguaje adolescente. Expone primero que su permanencia “está determinada por el crecimiento y la madurez del individuo” (p. 14). De todas formas, este vocabulario es pasajero porque con la siguiente generación desaparece. Pero el problema no lo es para los adolescentes: ellos ya tienen suficiente con los suyos.

A través de los capítulos, nos ofrece testimonios de voces y expresiones del lenguaje de los diferentes ámbitos juveniles con el significado específico de cada una. Construye así, una especie de glosario del argot adolescente uruguayo, e incluso se anima a “traducir” las Coplas de Jorge Manrique a este peculiar lenguaje.

GERARDO CIANCIO. *La ciudad inventada*. Academia Nacional de Letras, Montevideo, 1997; 170 pp.

A lo largo de la historia uruguaya, diferentes poetas –uruguayos y de otros países– prefirieron dejar de lado lo tangible para cantar una ficción que, teniendo como referente a la ciudad real, dió origen a la ciudad inventada. Varias fueron sus motivaciones: los concursos de poesía, el deseo de relatar un hecho histórico o, simplemente, porque fueron seducidos por la ciudad de Montevideo.

En este singular trabajo, Ciancio rememora la historia uruguaya paralela a las diferentes tendencias y escuelas que van surgiendo. La primera tematización de Montevideo ocurrió en los momentos de la invasión inglesa y tenía un tono épico-heroico. Le dedica seguidamente un capítulo a Joaquín Lenzina, cuya producción, según Ciancio, oscilaba entre la poesía y la letra de una canción. Clasifica la obra de Lenzina en dos: la que cuenta la ciudad en torno de la guerra contra los ingleses y la que lo hace en relación con el levantamiento del campamento artiguista del sitio de Montevideo. A Lenzina